

NOTAS SOBRE MACCHIAVELLI, SOBRE LA POLÍTICA
Y SOBRE EL ESTADO MODERNO

EL MODERNO PRÍNCIPE

Breve nota sobre la política de Macchiavelli. El carácter fundamental de *El Príncipe* es aquel de no ser un tratado sistemático sino que un libro “viviente”, en el cual la ideología política y la ciencia política se funden en la forma dramática del “mito”. Las formas en que se configuraba la ciencia política hasta la época de Macchiavelli, entre la utopía y el tratado escolástico, imprimieron a su concepción la forma fantástica y artística, para la cual el elemento doctrinario y racional se personaliza en un *condottiero* que representa plástica y “antropomórficamente” el símbolo de la “voluntad colectiva”. El proceso de formación de una determinada voluntad colectiva, para un determinado fin político, es representado no a través de disquisiciones y clasificaciones pedantescas de principios y criterios de un método de acción, sino como cualidad, rasgos característicos, deberes, necesidad de una persona concreta, aquello que hace obrar la fantasía artística de quien se quiere convencer y da una más concreta forma a las pasiones políticas.

Sería necesario buscar en los escritores políticos que preceden a Macchiavelli, escritos configurados como *El Príncipe*. La última parte de *El Príncipe* está ligada a este carácter “mítico” del libro: después de haber representado a este *condottiero* ideal, Macchiavelli, en un pasaje de gran eficacia artística, invoca, al *condottiero* real que lo personalice históricamente. Esta invocación apasionada se refleja sobre todo el libro, confiriéndole así su carácter dramático. En los Prolegómenis de L. Russo, Macchiavelli es llamado el artista de la política, además, una vez se menciona también la expresión “mito”, mas no precisamente en el sentido indicado más arriba.

El Príncipe de Macchiavelli podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del “mito” soreliano, es decir, de una ideología política que se presenta no como fría utopía ni como raciocinio doctrinario, sino que como una creación de fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar en él y organizar la voluntad colectiva. El carácter utópi-

co de *El Príncipe* está en el hecho que dicho príncipe no existía en la realidad histórica, no se presentaba al pueblo italiano con carácter de inmediatez objetiva, sino que era una pura abstracción doctrinaria, el símbolo del jefe del *condottiero* ideal; sin embargo, los elementos pasionales, míticos, contenidos en todo el pequeño volumen, con impulso dramático de gran efecto, se resumen y llegan a tornarse vivos en la conclusión, en la invocación de un príncipe “realmente existente”. En todo el librito Macchiavelli trata cómo debe ser un príncipe para conducir un pueblo a la formación de un nuevo Estado, y el tratado es dirigido con rigor lógico, con desapego científico; en las conclusiones Macchiavelli mismo se hace pueblo, se confunde con el pueblo, pero no con un pueblo “genéricamente” entendido, sino con el pueblo que el propio Macchiavelli ha convencido con sus páginas precedentes, del cual llega a ser y se siente conciencia y expresión, se siente mismidad. Parece que todo el trabajo “lógico” no sea otra cosa que una autorreflexión del pueblo, un razonamiento interno que se hace la conciencia popular y que tiene su conclusión en un inmediato grito apasionado. La pasión, de razonamiento sobre sí misma, llega a ser nuevamente “afecto”, fiebre, fanatismo de acción. He ahí porqué el epílogo de *El Príncipe* no es algo extrínseco, “pegado” desde afuera, retórico, sino que debe ser explicado como elemento necesario de la obra, más bien como aquel elemento que refleja su verdadera luz sobre toda la obra y la hace a ella un “manifiesto político”.

Se puede estudiar como Sorel, de la concepción de la ideología-mito no haya llegado a la comprensión del partido político sino que se haya detenido en la concepción del sindicato profesional. Es verdad que para Sorel, el “mito” no encontraba su expresión mayor en el sindicato como organización de una voluntad colectiva, sino que en la acción práctica del sindicato y de una voluntad colectiva ya operante, acción práctica cuya realización máxima habría debido ser la huelga general, es decir, una “actividad pasiva” por así decirlo, de carácter negativo y preliminar (el carácter positivo es dado solamente por el acuerdo logrado por la voluntad asociada), de una actividad que no prevé una fase propia “activa y constructiva”.

En Sorel pues, se combatían dos necesidades: aquella del mito

y aquella de la crítica del mito, en cuanto “todo plano preestablecido es utópico y reaccionario”. La solución era abandonada al impulso de lo irracional, de lo “arbitrario” (en el sentido bergsonianos de “impulso vital”), o sea, de la “espontaneidad”.

Sería importante señalar aquí una contradicción implícita en el modo en que Croce pone su problema de historia y antihistoria en relación con otras fases de su propio pensamiento: su aversión a los “partidos políticos” y su modo de poner la cuestión de la “previsibilidad” de los hechos sociales (*Conversaciones críticas. Reseña del libro de Ludovico Li-mentani, La Previsión de los Hechos Sociales, Turín, Bocca, 1907*). Si los hechos sociales son imprevisibles, y el mismo concepto de previsión es una mera expresión, lo irracional no puede no dominar y toda organización de hombres es antihistórica, es un “prejuicio”; no quedando otra cosa que resolver cada vez, y con criterios inmediatos, los singulares problemas prácticos puestos por el desenvolvimiento histórico, siendo el oportunismo la única línea política posible. (B. Croce. *El Partido como juicio y como prejuicio. En la revista Cultura y Vida Moral*).

¿Puede, sin embargo, un mito ser “no constructivo”, puede imaginarse, en el orden de intuiciones de Sorel, que sea productivo efectivamente un instrumento que deja la voluntad colectiva en la fase primitiva y elemental de su mera formación, por distinción (por “escisión”), ya sea con violencia, es decir, destruyendo las relaciones morales y jurídicas existentes? Sin embargo, esta voluntad colectiva, formada así elementalmente no cesará con rapidez de existir esparciéndose en una infinidad de voluntades singulares que para la fase positiva siguen direcciones diversas y contrastantes. Fuera de esto está la cuestión de que no puede existir destrucción, negación, sin una implícita construcción, afirmación, y no en el sentido “metafísico”, sino que prácticamente, es decir, políticamente, como programa de partido. En este caso se ve que supónese detrás de la espontaneidad un puro mecanicismo, detrás de la libertad (voluntad impulso vital) un máximo de determinismo, detrás del idealismo un materialismo absoluto.

El moderno príncipe, el mito-príncipe, no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser solamente un organismo; un complejo elemento de la sociedad en el cual ya haya comenzado a concretarse, una voluntad colectiva reconocida y afirmada parcialmente en la acción. Este organismo está

ya dado en el desarrollo histórico y es el partido político: la primera célula en la cual se resumen los gérmenes de voluntad colectiva que tienden a llegar a ser universales y totales.

En el mundo moderno sólo una acción histórico-política inmediata e inminente, caracterizada por la necesidad de un procedimiento rápido y fulminante, puede encarnarse en un individuo concreto; la rapidez no puede tornarse necesaria sino que ante un gran peligro inminente, gran peligro, que crea pues en forma fulminante el encenderse de las pasiones y del fanatismo, aniquilando el sentido crítico y la corrosividad irónica que pueden destruir el carácter "carismático" del *condottiero* (es decir, lo que ha ocurrido con la aventura de Boulanger).

Pero una acción inmediata de tal género, por su misma naturaleza, no puede ser de vasto respiro y de carácter orgánico: será casi siempre del tipo restauración y reorganización y no del tipo propio de las fundaciones de nuevos Estados y nuevas estructuras nacionales y sociales (como era el caso de *El Príncipe*, de Macchiavelli, en el cual el aspecto de restauración era sólo un elemento retórico, es decir, ligado al concepto literario de la Italia descendiente de Roma y que debía restaurar el orden y la potencia de Roma), de tipo "defensivo" y no creativo original, es decir, en las cuales se supone que una voluntad colectiva ya existente se haya desmembrada, dispersa y tenga súbitamente un colapso peligroso y amenazante, aunque no decisivo y catastrófico, y sea necesario reencontrarla y robustecerla y no que una voluntad colectiva haya de crearla ex novo, originalmente, imprimiéndoles dirección hacia metas concretas y racionales, pero de una concreción y racionalidad todavía no verificada y criticada por una experiencia histórica efectiva y conocida universalmente.

Además del modelo ejemplar de las grandes monarquías absolutas de Francia y España, Macchiavelli fue motivado, en su concepción política de la *necessità* de un Estado unitario italiano, por el recuerdo del pasado de Roma. Sin embargo, es necesario señalar que no por esto Macchiavelli ha de confundirse con la tradición literario-retórica. Entre tanto, porque este elemento no es exclusivo y ni siquiera dominante, y la necesidad de un gran Estado nacional no es deducida de ello, y porque el mismo llamado a Roma es menos abstracto de cuanto aparece, se coloca puntualmente en el clima del Humanismo y del Renacimiento. En el Libro VII del Arte de la Guerra se lee: "Esta provincia, Italia, parece

nacida para resucitar las cosas muertas, como se ha visto en la poesía, en la pintura y en la escultura”. ¿Por qué pues no reencontrar la virtud militar?”, etc. Sería necesario agrupar otras referencias del género para establecer el exacto carácter.

El carácter “abstracto” de la concepción soreliana del “mito” se manifiesta en su adversión (que toma la forma pasional de una repugnación ética) por los jacobinos, que fueron ciertamente una “encarnación categórica” de *El Príncipe*, de Macchiavelli. El moderno príncipe debe tener una parte dedicada al jacobinismo (en el significado integral que esta noción ha tenido históricamente y debe tener conceptualmente), como ejemplificación de cómo se haya formado en concreto y haya obrado una voluntad colectiva que, al menos, en algunos aspectos, fue creación ex novo, original. Y es necesario que sea definida la voluntad colectiva y la voluntad política en general, en sentido moderno; la voluntad como conciencia operativa de la necesidad histórica, como protagonista de un real y efectivo drama histórico.

Una de las primeras partes debería pues estar dedicada a la “voluntad colectiva”, poniendo así la cuestión: ¿cuándo se puede decir que existen las condiciones para que pueda suscitarse y desarrollarse una voluntad colectiva nacional-popular?”. Además un análisis histórico (económico) de la estructura social del país dado y una representación “dramática” de las tentativas hechas a través de los siglos para suscitar esta voluntad y las razones de los sucesivos fracasos. ¿Por qué en Italia no hubo monarquía absoluta en tiempos de Macchiavelli? Es necesario remontarse hasta el Imperio romano (cuestiones de la lengua, de los intelectuales, etc.), comprender la función de las comunas medievales, el significado del catolicismo, etc.: es necesario, en suma, hacer un bosquejo de toda la historia italiana, sintético, pero exacto.

La razón de los sucesivos fracasos de las tentativas de crear una voluntad colectiva nacional-popular, deben buscarse en la existencia de determinados grupos sociales que se forman de la disolución de la burguesía comunal, en el particular carácter de otros grupos que reflejan la función internacional de Italia como sede de la iglesia y depositaria del Santo Imperio Roma-

no, etc. Esta función y la posición consiguiente determina una situación interna que se puede llamar "económico-corporativa", es decir, políticamente, la peor de las formas de sociedad feudal, la forma menos progresiva y más estagnante: faltó siempre, y no podía constituirse, una fuerza jacobina eficiente, la fuerza pues que en las otras naciones ha suscitado y organizado la voluntad colectiva nacional-popular y ha fundado los Estados modernos. ¿Existen, finalmente, las condiciones para esta voluntad, es decir, cuál es la relación actual entre estas condiciones y las fuerzas opuestas? Tradicionalmente las fuerzas opuestas han sido la aristocracia terrateniente y más generalmente la propiedad de la tierra en su complejo, con su rasgo característico italiano que es una especial "burguesía rural", herencia de parasitismo dejada a los tiempos modernos por la ruina, como clase, de la burguesía comunal (las cien ciudades, las ciudades del silencio). Las condiciones positivas hay que buscarlas en la existencia de grupos sociales urbanos, convenientemente desarrollados en el campo de la producción industrial y que han logrado un determinado nivel de cultura histórico-política.

Toda formación de voluntad colectiva nacional-popular es imposible si las grandes masas de campesinos cultivadores no irrumpen simultáneamente en la vida política.

Esto entendía Macchiavelli a través de la reforma del ejército, esto hicieron los jacobinos en la Revolución Francesa, en este sentido debe encontrarse un jacobinismo precoz en Macchiavelli, el germen (más o menos fecundo) de su concepción de la revolución nacional. Toda la historia, desde 1815 en adelante, muestra el esfuerzo de las clases tradicionales para impedir la formación de una voluntad colectiva de esta naturaleza, para mantener el poder "económico-corporativo" en un sistema internacional de equilibrio pasivo.

Una parte importante del moderno príncipe deberá estar dedicada al problema de una reforma intelectual y moral, es decir al problema religioso o de una concepción del mundo. También en este campo encontramos en la tradición ausencia de jacobinismo y miedo del jacobinismo (la última expresión filosófica de tal miedo es la actitud malthusiana de Benedetto Croce con respecto a la religión). El moderno príncipe debe y no puede no ser el pregonero y el organizador de una reforma

intelectual y moral, lo que significa pues crear el terreno para un ulterior desarrollo de la voluntad coactiva nacional popular hacia el cumplimiento de una forma superior y total de civilidad moderna.

Estos dos puntos fundamentales: formación de una voluntad colectiva nacional-popular, de la cual el moderno príncipe es al mismo tiempo organizador y expresión activa u operante, y reforma intelectual y moral, deberán constituir la estructura del trabajo. Los puntos concretos del programa deben ser incorporados en la primera parte, es decir, deberán “dramáticamente”, resultar del discurso, no ser una fría y pedantesca exposición de raciocinios.

¿Puede lograrse reforma cultural y por consiguiente elevación civil de los estratos más bajos de la sociedad sin una precedente reforma económica y un cambio en la posición social y en el mundo económico? Por esto una reforma intelectual y moral no puede dejar de estar ligada a un programa de reforma económica; más bien, es el programa de reforma económica el modo concreto con que se presenta toda reforma intelectual y moral. El moderno príncipe, desarrollándose, trastorna todo el sistema de relaciones intelectuales y morales por cuanto su desarrollo significa pues que todo acto llega a ser concebido como útil o dañoso, como virtuoso o pérfido, sólo en cuanto tiene como punto de referencia al moderno príncipe mismo y sirva para incrementar o contrastar su poder. El príncipe toma el lugar, en la conciencia, de la divinidad o del imperativo categórico, llega a ser la base de un laicismo moderno y de una completa laicización de toda la vida y de todas las relaciones de hábitos y costumbres.